

relatos terminan trágicamente. Tal vez lo ha hecho sin advertirlo. Porque él, que es un amante de la vida, sabe que en ella también es bello dominar los elementos, y sobreponerse a los acontecimientos, es decir: triunfar. Y Juan Marín como todo hombre que tiene adentro el pájaro azul de la inquietud por lo bello, seguramente no es un despiadado que crea que la vida sólo tiene por toda finalidad, un destino trágico.—L. DURAND.

OBRAS DESCONOCIDAS DE RUBÉN DARÍO (1)

Un libro de erudición previene como un libro de cocina. Se teme a la indigestión, sobre todo si es de grandes infolios. Se dispone uno a leer a salto de mata y con un poco de miedo de verse aplastado. Hay que tener temperamento de bibliógrafo para llegar con placer a su lectura.

Pero a veces se encuentra el lector con algo que le interesa y entonces se perdona el tufo bibliotecario que la obra tributó al llegar. Una de las ocasiones en que el descubrimiento hace llevadera la impresión de la libra y media de papel impreso, es cuando se trata de poesía. Y en el caso de referirse a un auténtico poeta, por supuesto.

Ahora bien: ¿añade algo a la gloria de Rubén Darío este libro de sus producciones escritas en Chile y recopiladas hoy por el señor Silva Castro? A mi modo de ver, nada. En la gloria de todos los poetas, y más aún en los de obra cuantiosa como ocurre con Rubén, el ideal sería no aumentar. No sería flaco servicio el que le prestara a la cultura poética universal, todo poeta que dejara por su propia mano, o por mano de alguien que le comprendiera exactamente, lo esquemático, excelente y depurado de sus obras. Desde un Dante, (que me parece,

(1) Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros. Edición recogida por Raúl Silva Castro y precedida de un estudio. Prensas de la Universidad de Chile. 1934.

como a Emerson le parecía, una curiosidad como el mastodonte: un hombre bueno para ponerle en un museo, pero no en nuestra casa), hasta un Rubén Darío. Por muchas razones es peligroso ampliar y, casi siempre, lo que el poeta no amó después, cuando tuvo ocasión y tiempo de seleccionar la obra de su juventud y no la incluyó en libros posteriores, es que lo abandonó en el desván de la memoria, como trastos de innecesario aislamiento.

La obra de Rubén Darío recopilada por el señor Silva Castro hubiera, seguramente, indignado a Rubén Darío si éste viviera. Me atrevo a decirlo. El grandísimo y genial poeta de «El canto errante» y «El poema del otoño», hubiera perseguido al señor Silva hasta hacerle destruir la edición. Se me antoja así, con todo el respeto excepcional que me merece la obra de Rubén Darío y precisamente por eso.

Claro está que voy viendo la obra recopilada por el señor Silva Castro desde un punto de vista poético, que es el que importa al tratarse de Rubén Darío. Desde otros puntos de vista, (histórico, bibliográfico) puede ser que esta obra tenga un indudable interés, sobre todo para los chilenos. Tal vez este aspecto de la cuestión excuse los otros, hasta cierto punto nada más.

Aparte de las observaciones anteriores y de las ya hechas por el señor Silva Castro en su pacienzudo y minucioso prólogo, varias otras se me han puesto ante los ojos al pasar las páginas de este volumen.

Curiosa de todo punto me parece la oda titulada «Zoilo». Allí usa Rubén Darío palabras que recuerdan las empleadas en el siglo dieciocho español por don Nicasio Alvarez de Cienfuegos: Tremulenta, armipotente, hondisonante. Resabios de un indudable conocimiento anterior. Puede ser que estas palabras estén de antemano, en Herrera el Divino o en el Príncipe de Esquilache. Brindo el trabajo al señor Silva Castro.

Otra curiosidad es la oda mística titulada «La Plegaria», en estrofas como las usadas por los místicos españoles del Siglo

de Oro (las liras) y cuajadas de un intencionado aire arcaico bien conseguido. Tal vez la única poesía de este género que escribió Rubén. Byron escribió, también muy joven su única oda mística: «The Prayer of Nature».

Hay entre las prosas de las crónicas periodísticas rotuladas «La Semana», una abundancia de versos perfectos que establece las ganas de ir espigándolos, desde el momento en que el oído notó el primero en ese misterioso silencio sonoro que adquieren ciertas lecturas sin necesidad de leer en voz alta.

Había un orto dulce y bello esta mañana...

De los monstruos pasemos a los ángeles...

El siniestro cólera morbo no apaga las llamas vivaces...

Esa nariz audaz, ese ojo vivo...

Guillermo el fuerte, Wilhelm el querido,
ha pasado las puertas de la tumba...

Y así, una gran cantidad de hemistiquios perfectos entre la prosa corriente de una información periodística. Estas crónicas son lo mejor de la recopilación, para mi gusto. En ellas se anuncian las espléndidas galeradas de «La Caravana Pasa».

El libro del señor Silva Castro denuncia un trabajo intenso, una buena intención admirable, una paciencia de portero de convento. Pero Rubén Darío, —que es un clásico ya, ciertamente— no adquiere ni un ápice de gloria ni de triunfo sobre lo que ya tenía, cuantioso y justo, con esta nueva presentación. Puede ser que al señor Silva Castro piense lo contrario, y yo me felicitaría de que tuviera razón.—J. M. S.